

INTERNACIONAL

Los países vecinos cierran el paso a los sirios tras acoger a cuatro millones

JUAN CARLOS SANZ. Amán
Después de haber permitido la entrada de cuatro millones de civiles sirios durante más de cuatro años de guerra, los países vecinos se han visto desbordados por la llegada masiva de refugiados y han comenzado a cerrarles el paso. Mientras, miles de sirios se dirigen ahora hacia las fronteras de Europa. Para Jordania —con 630.000 exiliados, un 9,4% de sus habitantes— y aún más para Líbano —con cerca de 1,2 millones, un 27,9% de su censo— la situación se ha vuelto insostenible.

Turquía ha sido el país más afectado por la huida de los sirios, pero los 1,8 millones de refugiados que tiene registrados solo suponen el 2,3% de su población, según datos de la ONU del 31 de julio pasado. El incumplimiento de las promesas de los Estados donantes ha contribuido a agravar la situación de déficit de financiación de los países de acogida. La Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (OCHA, en sus siglas en inglés) de Naciones Unidas contabilizaba con fecha del pasado 4 de agosto que solo se había ingresado en torno a una cuarta parte de la ayuda humanitaria prevista para todo 2015.

"Jordania prácticamente ha cerrado la frontera siria y solo permite el paso de civiles en casos contados de reagrupación familiar", explica María López de Haro, responsable de Fundación para la Promoción Social de la Cultura (FPSC) en Amán. FPSC es la única ONG española en Zaatari, el mayor campo de refugiados de Oriente Próximo, que acoge a más de 83.000 personas huidas de la guerra en una zona desértica cercana a la frontera siria.

Las restricciones en la frontera comenzaron durante el verano

de 2014 y se hicieron efectivas a partir del pasado mes de abril, cuando las fuerzas rebeldes que combaten al régimen de Bachar el Asad se hicieron con el control de los pasos fronterizos. Al contrario de lo que ocurre en Turquía y Líbano, los sirios están exentos de visado para viajar a Jordania. El jefe de la Guardia de Fronteras, general Saber al Mahayre, precisaba en unas recientes declaraciones que Jordania tiene "un sistema de vigilancia con drones, radares y torres de observación" para evitar infiltraciones en el país.

Olivados en la frontera

Pero la entrada de refugiados es cada vez más esporádica. El servicio de noticias estatal jordano, Petra, destacaba el jueves que 96 sirios habían podido entrar a través de varios puntos durante las 48 horas anteriores. La organización Human Rights Watch ha alertado desde la pasada primavera de la situación de centenares de civiles acampados sin recibir apenas ayuda en el lado sirio de la frontera. Desde que comenzaron las restricciones, el número de pasos fronterizos se ha reducido de 45 a 5 en la actualidad.

"Con los teléfonos móviles y las redes sociales la tragedia de los refugiados sirios se retransmite en directo", constata la jefa de misión de FPSC en Jordania. "Un hombre vino hace poco hasta el campo de Zaatari para suplicarnos ayuda", relata María López de Haro. "Las dos hijas de uno de sus amigos —una de 10 años y otra de apenas 10 meses— estaban abandonadas en la frontera sin ningún tipo de protección porque no podían entrar en el país".

Zaatari es una pequeña ciudad, que podría ser la tercera más poblada de Jordania. El campo fue construido en 2012 en el momento de mayor éxodo de refugiados. En su recinto hay escuelas, un mercado y varias clínicas, una de las cuales está gestionada por la ONG española FPSC. "Tratamos a menores con discapacidad física, en su mayoría con parálisis cerebral, a quienes ofrecemos fisioterapia, sillas de ruedas, muletas... y también actividades de teatro para mejorar su inclusión social", detalla López de Haro. Su organización tiene ahora en estudio 300 casos pendientes sin poder atender. "Nuestro dilema de cada día es decidir a quién dejamos de ayudar...", admite.



La policía húngara detiene a una familia siria, ayer cerca de la frontera con Serbia. / BERNADETT SZABO (REUTERS)

Los habitantes de la localidad húngara más cercana a Serbia evitan el contacto con los miles de refugiados e inmigrantes

Röszke mira hacia otro lado

BELÉN DÓMINGUEZ, Röszke
ENVIADA ESPECIAL
Los vecinos de Röszke no quieren hablar sobre el "problema" que está a apenas medio kilómetro de sus casas. Mientras los desplazados de al menos una decena de países —la mayoría son refugiados sirios en busca de asilo— se acumulan en una explanada cercana a las vías del tren, los vecinos de esta pequeña localidad, gobernada por el partido independiente, no quieren ni oír hablar del tema. "Estamos hartos", sostiene un joven de 21 años que trabaja en la biblioteca local.

Martha Borbás Márki, alcaldesa de este pueblo de 3.000 habitantes, tampoco quiere hablar. De hecho, no regresará a su puesto de trabajo hasta el miércoles, explica una funcionaria del Consistorio. "Es mejor que hable con la policía", insisten en el pequeño Ayuntamiento. Precisamente la autoridad policial, según narra por teléfono Balázs, de 24 años y vecino de la localidad, ha prohibido acercarse a echar una mano a los refugiados. "Tampoco queremos", insiste el joven.

Pero lejos de desentenderse de manera absoluta, muchos residentes ayudan a la policía a terminar la valla de concertinas que el Gobierno húngaro, del ultraconservador Viktor Orbán, pretende finiquitar en un par de días. "Yo colaboro no dejando pasar a los inmigrantes", gesticula otro de los pocos vecinos que opinan sobre el tema. La valla tendrá una longitud de 175 kilómetros y además se construirá de manera adicional una segunda alambrada de cuatro metros.

Tres mochilas y tres niños

La mayoría de vecinos sigue con sus vidas "de manera normal", según algunos transeúntes, y dan la espalda al mayor drama migratorio que sufre el mundo desde la Segunda Guerra Mundial. Según ACNUR, son 50 millones los desplazados por los conflictos y la pobreza alrededor del planeta, cuatro millones son sirios que huyen del régimen de Bachar el Asad y de las atrocidades del autodenominado Estado Islámico (EI), que

ha acaparado ya el norte del país y buena parte del vecino Irak. Una familia de Alepo (norte de Siria) caminaba anoche por las vías del tren entre Serbia y Hungría. "[El EI] está cortando la cabeza a niños de la edad de mi hijo", lamentaba el padre, que cargaba con tres mochilas y tres niños.

En el cruce de caminos entre las vías del tren y la frontera con Serbia hay aún más tensión por la noche que a la luz del día. Entonces, las miles de familias que se acercan deben decidir si cruzar a Hungría —y ser registrados e identificados— o esperar a que la oscuridad les facilite esquivar a las autoridades y continuar su camino hacia el norte, a Alemania o Suecia.

Durante el caso del jueves, la policía incrementó considerablemente su presencia en las inmediaciones de la valla. Miles de agentes, armados y equipados con gafas de visión nocturna, se ocupan de "interceptar inmigrantes", según uno de ellos, que se intenten "colar" sin pasar por el registro.

Difícil convivencia

La creciente presencia de los refugiados —el 80% viven fuera de los campamentos— amenaza con desatar tensiones en la sociedad jordana. "Una de las principales preocupaciones de los habitantes del norte del país es el dramático incremento del coste de la vida, sobre todo de la vivienda y la alimentación, ante el aumento de demanda", advierte un estudio de la ONU sobre el impacto del éxodo sirio en las comunidades jordanas.

Las autoridades de Amán aseguran que hay más de un millón de sirios acogidos en el reino hachemí, de los que solo 630.000 están oficialmente registrados por la ONU. Los exiliados que llegan ahora se derivan al campo de Azraq, en una zona desértica, que acoge a 18.500 personas.